La primera novela de Viola Di Grado, inspirada en la filosofía oriental y los manuales de las lavadoras, revelación de la narrativa italiana

El mundo es extraño

XAVI AYÉN
Barcelona

Con su aire serenamente gótico, sus labios pintados de negro, su lazo de topos en el pelo y sus respuestas implacables, la siciliana Viola Di Grado exhibía ayer –en los salones rococó de un céntrico hotel barcelonés– toda la seguridad de quien, a los 23 años y con su primera novela, *Setenta acrílico treinta lana* (Alpha Decay), se ha convertido en la revelación de las letras italianas, ganadora de los premios Campiello y Strega, merecedora del favor de crítica y público, así como de una carrera de traducciones que de momento trae a España, Francia y Holanda esta historia de "surrealismo hiperrealista" con una familia muy –pero que muy– disfuncional, donde el padre aparece asesinado, la madre enloquece y Camelia, la hija –y protagonista–, desarrolla un sistema de comunicación con su madre a través de miradas. Camelia reside en Leeds, "entre palacios victorianos y nightclubs", y se enamora de Wen, un chino que le enseña a escribir su lengua.

Di Grado explica que "escribo desde los cinco años. Esta no es mi primera novela, pero sí la primera que envié a un editor, porque me sentía segura del resultado al 100%. Así que el éxito no me sorprende". Lo que más ha destacado la crítica italiana es el uso del lenguaje. "Sigo, en este aspecto, las enseñanzas del filósofo taoísta del siglo IV a.C. Zhuang Zi, para quien el lenguaje debe usarse olvidándonos de él porque no habla del mundo, sino de nosotros". Es decir, "mi misión es escribir sin tener en cuenta las trampas y convenciones que llevan las palabras adheridas. Uso cada palabra desde cero, sin su herencia. Como si fueran vírgenes. Les doy otro significado, las coloco en un nuevo contexto, y sorprenden a quienes suelen verlas diciendo otras cosas. Ese desplazamiento crea una sensación de extrañamiento en el lector".

¿Por qué es tan extrema la situación de la familia? "Creo mucho en los extremos –responde–. No me interesan las medias tintas". Además, "la pérdida del lenguaje por parte de los personajes –una anorexia verbal– radicaliza las situaciones". Camelia, motor del relato, es "una fuerza de la naturaleza, resulta increíble que, con todo lo que le sucede, siga luchando". Su novio Wen representa "la restitución del significado de las cosas, a través de los ideogramas del chino, que literalmente le salvan la vida a ella". El tema del libro es, en suma, "la imposibilidad de la comunicación".

MAITE CRUZ

Viola Di Grado, ayer, en un hotel de Barcelona

"Escribo desde los cinco años pero esta es la primera obra que envío al editor porque estaba segura al 100%"

Di Grado –licenciada en lengua y literatura china y japonesa– admite la influencia del Kitano más poético *(Dolls)*, así como de "la estética tradicional oriental", en especial la llamada, en japonés, *mono no aware,* de la época heian, alrededor del año 1.000, que "enfatiza la tristeza de las cosas, en el sentido de que el arte se basa en la conciencia del fin inminente de la belleza". Otra influencia, si cabe, más curiosa, es la de los manuales de las lavadoras, que la protagonista lee con fruición –pues los traduce del italiano al inglés– y de cuya aséptica prosa surge el título de la novela.

La autora sonríe cuando le preguntan por la crítica implícita a la moda que supone que Camelia destruya sus vestidos, los rompa y coja ropa de la basura. "Sí, odio la moda, embrutece y es imposible creerse una identidad construida sobre ella".

Acabada la entrevista, Di Grado se va con su madre –también escritora, que la acompaña como aquellas madres de las artistas de antes– a la charla que tiene que dar en el Instituto Italiano.●

CRÍTICA DE **POP**

Primera persona

Mazoni

Lugar y fecha: Sala Apolo (16/X/2011)

DONAT PUTX

Las nuevas maneras de entender y consumir la música también afectan al directo, donde se buscan estrategias diferentes para acercarse al público que no tiene bastante con la tradicional secuencia nuevo disco/gira de presentación. Así, el ciclo *En Persona* propone desde hace tres ediciones una serie de conciertos-tertulia donde se pretende establecer un diálogo de preguntas y respuestas entre los espectadores y el artista, en sesiones tranquilas caracterizadas por repertorios poco previsibles y la presencia de algún invitado.

El domingo pasado, el protagonista fue Jaume Pla (Mazoni). El músico ampurdanés, que este 2011 ha publicado el álbum *Fins que la mort ens separi*, contó con el apoyo puntual de Ramon Faura (Le Petit Ramon), facturando una actuación acústica de casi dos horas. Tiempo para repasar canciones propias (*Eufòria*, *Perduts en la boira*...) y ajenas (sobre todo Beatles, pero también Sex Pistols, Stones y Dylan), y en el que tuvo que esforzarse para tejer complicidades con un público demasiado tímido.

La simpatía de Mazoni, sin embargo, le sirvió para encontrar un buen punto de interacción con la gente, que lo interrogó en lo artístico (aquí, desmintió los rumores que hablan de una reaparición de Holland Park) y lo crematístico ("¿vives de la música?", le preguntó alguien). El resultado final, más que interesante. Mazoni en primera persona, explicando cómo una nevada le inspiró *Caputxeta,* suscitando aspectos de la arquitectura de *Memòria* e, incluso, olvidando alguna letra: tan próximo como si lo tuviéramos en el comedor de casa.●